

toría misma parece haberse complacido en colocar la impronta de unos siglos con preferencia a la de otros en comarcas y ciudades. Y así, las tierras señaladas por el Camino de Santiago son de fisonomía románica, y otras andaluzas son árabes o renacentistas, y otras ofrecen el predominio de lo mudéjar, y otras se hallan saturadas de lo barroco.

Si la mirada del viajero no profundizase en la esencia de lo nacional, podría deducir de todo esto que España es un ser imaginario, y que consiste en una suma de realidades fragmentarias inconciliables. Ante esa exaltación de lo vario, ¿dónde está —puede preguntarse cualquiera, en un interrogante que valga tanto como una impugnación— dónde está la unidad española?

La respuesta, naturalmente, la tiene cada uno de vosotros a flor de labio. Nuestra unidad se halla ostensible, evidente, en los valores espirituales. El venerable testimonio de la Historia haría enmudecer a quien osara argumentarnos de otro modo.

Existe, pues, y es garantía de nuestra personalidad; pero lo vario que en ella se ordena y se sintetiza es, a su vez, garantía de nuestra fuerza. Y conste que el concepto fuerza lo empleo como expresión de energía con pluralidad de facetas. Hay fuerza en la zarpa del león, y la hay en el sutil encanto con que una razón certera nos persuade, o una emoción profunda nos cautiva.

Lo uno sin lo vario repugna a la mente humana, si no es que los consideramos en abstracción. La unidad suprema, que es Dios, se manifiesta en tres personas y se nos ofrece enriquecida con múltiples atributos.

Debemos, pues, gloriarnos de la variedad de España, y orientar en ella la formación de nuestra conciencia. Sobre ello debemos también bendecir a la Providencia porque nos hizo merced del don de la unidad, que es el coronamiento de lo vario. Con la unidad se nos dió la razón; con la variedad, la pasión.

